

G. W. Leibniz

# Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano

Edición de Javier Echeverría Ezponda y  
*Addenda* de Mary Sol de Mora



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Nouveaux essais sur l'entendement humain*

Primera edición: 1992  
Segunda edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Philippe de Champaigne: *Retrato de Étienne Delafons* (detalle). Museo del Louvre, París.  
© ACI / Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción y notas: Javier Echeverría Ezponda, 1992, 2021  
© de la *Addenda*: Mary Sol de Mora, 2021  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-133-3  
Depósito legal: M. 28.114-2020  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Introducción, por Javier Echeverría
- 39 *Addenda*, por Mary Sol de Mora
- Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano
- 55 Prefacio
- 89 Libro I: Sobre las ideas innatas
- 91 I: Si en el espíritu humano hay principios innatos
- 121 II: Que no hay principios de la práctica que sean innatos
- 141 III: Otras consideraciones relativas a los principios innatos, tanto los que conciernen a la especulación como los que atañen a la práctica
- 151 Libro II: Sobre las ideas
- 153 I: Donde se trata de las ideas en general, e incidentalmente se examina si el alma del hombre piensa siempre
- 168 II: De las ideas simples
- 170 III: Sobre las ideas que nos llegan mediante un solo sentido
- 172 IV: Sobre la solidez

## Índice

- 181 V: Sobre las ideas simples que nos llegan mediante varios sentidos
- 182 VI: Sobre las ideas simples que nos llegan por reflexión
- 183 VII: Sobre las ideas que nos llegan por sensación y reflexión
- 184 VIII: Otras consideraciones sobre las ideas simples
- 191 IX: Sobre la percepción
- 201 X: Sobre la retentiva
- 203 XI: Sobre el discernimiento o facultad de distinguir las ideas
- 209 XII: Sobre las ideas complejas
- 212 XIII: Sobre los modos simples y, en primer lugar, los del espacio
- 221 XIV: Sobre la duración y sus modos simples
- 226 XV: Sobre la duración y la expansión, consideradas conjuntamente
- 228 XVI: Sobre el número
- 231 XVII: Sobre la infinitud
- 235 XVIII: Algunos otros modos simples
- 236 XIX: Sobre los modos que se refieren al pensamiento
- 240 XX: Sobre los modos del placer y del dolor
- 251 XXI: Sobre la potencia y [la libertad]
- 314 XXII: Sobre los modos mixtos
- 320 XXIII: Sobre nuestras ideas complejas de las substancias
- 334 XXIV: Sobre las ideas colectivas de las substancias
- 335 XXV: Sobre la relación
- 338 XXVI: Sobre la causa y el efecto, y algunas otras relaciones
- 340 XXVII: Lo que es la identidad o la diversidad
- 365 XXVIII: Sobre algunas otras relaciones y, principalmente, sobre las relaciones morales

## Índice

- 376 XXIX: Sobre las ideas claras y oscuras, distintas y confusas
- 390 XXX: Sobre las ideas reales y quiméricas
- 395 XXXI: Sobre las ideas completas e incompletas
- 399 XXXII: Sobre las ideas verdaderas y falsas
- 401 XXXIII: Sobre la asociación de las ideas
- 405 Libro III: Sobre las palabras
- 407 I: Sobre las palabras o el lenguaje en general
- 415 II: Sobre la significación de las palabras
- 431 III: Sobre los términos generales
- 444 IV: Sobre los nombres de las ideas simples
- 452 V: Sobre los nombres de los modos mixtos y de las relaciones
- 458 VI: Sobre los nombres de las substancias.
- 500 VII: Sobre las partículas
- 507 VIII: Sobre los términos abstractos y concretos
- 509 IX: Sobre la imperfección de las palabras
- 519 X: Sobre el abuso de las palabras
- 536 XI: Sobre los remedios que es posible aplicar a las imperfecciones y a los abusos que acaban de mencionarse
- 543 Libro IV: Sobre el conocimiento
- 545 I: Sobre el conocimiento en general
- 555 II: Sobre los grados de nuestro conocimiento
- 577 III: Sobre la extensión del conocimiento humano
- 602 IV: Sobre la realidad de nuestro conocimiento
- 610 V: Sobre la verdad en general

## Índice

- 614 VI: Sobre las proposiciones universales, su verdad y su certidumbre
- 627 VII: Sobre las proposiciones denominadas máximas o axiomas
- 662 VIII: Sobre las proposiciones frívolas
- 670 IX: Sobre el conocimiento que tenemos de nuestra existencia
- 673 X: Sobre el conocimiento que tenemos de la existencia de Dios
- 687 XI: Sobre el conocimiento que tenemos de la existencia de las otras cosas
- 695 XII: Sobre los medios de aumentar nuestros conocimientos
- 709 XIII: Otras consideraciones sobre nuestro conocimiento
- 710 XIV: Sobre el juicio
- 712 XV: Sobre la probabilidad
- 716 XVI: Sobre los grados de asentimiento
- 742 XVII: Sobre la razón
- 776 XVIII: Sobre la fe y la razón, y sus límites respectivos
- 788 XIX: Sobre el Entusiasmo
- 799 XX: Sobre el error
- 818 XXI: Sobre la división de las ciencias

# Introducción

Una de las características de G. W. Leibniz, en tanto filósofo y hombre culto, consiste en su curiosidad intelectual, que surge de un profundo afán de saber. Sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* lo muestran claramente. Las múltiples referencias a los más variados campos del conocimiento, los comentarios ponderados sobre diversos autores y la amena presentación de su sistema de la armonía preestablecida ilustran ese deseo de saber universal, propio de los grandes filósofos.

En este aspecto, y en otros muchos, Leibniz se manifestó fiel a sí mismo desde temprana edad. Nacido en Leipzig el 1 de julio de 1646, a los doce años había leído en la biblioteca paterna buena parte de los clásicos griegos y latinos: Virgilio, Platón, Aristóteles... A los trece se interesó por la escolástica (Fonseca, Suárez y la tradición jesuita), y a los quince completó su formación autodidacta con la lectura de las obras de los pensadores modernos: Bacon, Cardano, Campanella, Kepler, Galileo, Descartes, etc. Su formación

universitaria ulterior mantuvo esa actitud abierta. Estudió filosofía con Thomasius, gran especialista en filosofía antigua. En 1663 escribió su primera tesis, *De principio indivi-  
dui*, una obra sobre un tema clásico de la Escolástica, en la que mostró su dominio de la metodología y manera escolásticas de argumentar, demostrar y discutir. Allí defendió el nominalismo, en el marco del problema de los universales. A continuación estudió algo de matemáticas en Jena, con Weigel. Entonces surgieron sus ideas iniciales sobre la combinatoria universal como instrumento para la filosofía. Finalmente optó por dedicarse al derecho y en 1666 se doctoró en Altdorf, con un trabajo titulado *De casibus perplexis in jure*. No obstante, su dedicación a la jurisprudencia no le impidió afiliarse en Núremberg a la Hermandad Rosacruz, de la que llegó a ser secretario durante un breve período. Aprovechó la ocasión para estudiar a fondo las obras de los alquimistas.

En Núremberg, Leibniz conoció al barón de Boineburg, hombre muy influyente, que le introdujo en la política. En 1669 escribió para él un tratado político<sup>1</sup> *more geometrico*, es decir, según el orden euclídeo de demostración. En 1670 disertó sobre la seguridad pública y cómo mantenerla. Llegó a ser consejero en el electorado de Maguncia. Se interesó en la reconciliación entre las diversas iglesias cristianas, idea a la que nunca renunció. Cortesano, a lo largo de su vida fue consejero de nobles, príncipes, reyes y emperadores. Jamás desperdició una ocasión de ponerse en contacto con una corte<sup>2</sup>.

1. *Specimen demonstrationum politicarum pro eligendo rege Polonorum...*

2. Francia, Alemania, Austria, incluso el zar de Rusia. A finales de su vida todavía quería ir a Inglaterra y ser nombrado historiador del país.

En cierto sentido, Leibniz fue ante todo historiador, si nos atenemos al tiempo que dedicó a esta actividad. A partir de su vuelta de Francia en 1676 y de su establecimiento como bibliotecario en Hannover fue nombrado historiador de la casa Braunschweig-Lüneburg. De los cuarenta años que le quedaban de vida, sólo se ausentó de Hannover unos cuatro, pese a sus múltiples actividades políticas y diplomáticas. Sus investigaciones históricas le permitieron estudiar el origen de las lenguas y las palabras. También hizo incursiones en la etnografía, la botánica, la zoología, la geografía, etc. Incluso elaboró una teoría geológica sobre el origen del globo terrestre, la *Protogaea*. Los *Nuevos ensayos* abundan en observaciones sobre todas esas cuestiones. Mantuvo correspondencia epistolar con más de mil personas de Europa e incluso de China. Sus relaciones y sus actividades intelectuales y diplomáticas fueron desbordantes.

Hasta los treinta años de edad fue muy viajero. En lugar de optar por la vía reposada de una cátedra universitaria, en 1672 partió para París con una compleja misión diplomática ante el rey Luis XIV de Francia, que fracasó<sup>3</sup>. Allí estuvo hasta 1676, aunque a principios de 1673 viajó a Londres, donde conoció a Boyle e, introducido por Oldenbourg, presentó en la *Royal Society* el primer modelo de su máquina de calcular, que resolvía las cuatro operaciones aritméticas. Oldenbourg puso a Leibniz en relación con Newton y facilitó la correspondencia entre ambos. Esas cartas tuvieron un papel importante en la polémica ulterior sobre la prioridad en el descubrimiento del cálculo diferencial e integral.

3. Se trataba de convencer a Luis XIV de la necesidad de conquistar Egipto, como medio para controlar la influencia de los turcos y expandir el cristianismo.

Instalado en París, Leibniz se dedicó a establecer contactos con el mundo intelectual de la época, que confluía por aquel entonces en la capital francesa. Así conoció y entabló relación con Arnauld, Malebranche y Huygens. También tuvo ocasión de conocer de primera mano los principales avances científicos y filosóficos. Leibniz se interesó por Roberval y sus concepciones sobre la demostración de los axiomas de Euclides; mejoró la máquina de calcular de Pascal y, leyendo manuscritos de éste, supo ver el triángulo característico, que fue el origen de su descubrimiento del cálculo diferencial en 1676; buscó las obras de Desargues sobre cónicas y perspectiva; se formó como matemático, gracias a Huygens, cuyos primeros estudios sobre el azar y las probabilidades conoció e investigó; leyó y criticó a Descartes; inventó la Dinámica; corrigió el ocasionalismo de Malebranche; contactó con Spinoza gracias a Tschirnaus, etc. A su regreso a Alemania, todas estas influencias, tomadas de aquí y de allá, fueron cristalizando en descubrimientos científicos cada vez más relevantes y, a la larga, en un nuevo sistema filosófico.

Muerto Boinebourg, su posición política en el Pfalz perdió relevancia. Tras intentar entrar sin éxito en la Académie du Roy, presidida por Huygens, Leibniz acabó aceptando el ofrecimiento de trabajo como bibliotecario que le había hecho el duque Juan Federico de Braunschweig-Lüneburg. Pero sus cuatro años en París le fueron muy fecundos. Leibniz completó allí su formación como matemático y como filósofo, tejiendo además una sólida red de relaciones personales con académicos, científicos y pensadores diversos. Su mayor logro fue, quizás, haber conocido y tratado a los investigadores más importantes de varias disciplinas, incluidos Spinoza y Leuwenkoek, a quienes visitó

personalmente en Holanda cuando viajó de París a Hannover, vía Londres, Ámsterdam y La Haya. Varias de sus obras más importantes se desarrollaron en forma de diálogos y correspondencias con otros autores (Arnauld, Bayle, Des Bosses, los hermanos Bernoulli, las princesas de Hannover, etc.) o tuvieron un destinatario concreto. Leibniz sólo publicó en vida la *Teodicea* y algunos artículos en las revistas científicas francesas y alemanas de su tiempo, pero su pensamiento fue bien conocido en la Europa culta de la época.

Cuando se habla de Leibniz, y en particular de los *Nuevos ensayos*, es preciso tener en cuenta el enorme cuidado que ponía en todos sus intercambios culturales con los sabios de entonces. Leibniz se expresó ante todo dialogando con otros: los *Nuevos ensayos* son el ejemplo paradigmático de esta manera dialógica de pensar y argumentar.

Como muestra, valga un ejemplo: Spinoza. Entre ambos mediaba un abismo, sobre todo en lo referente a la religión y a la política. Sin embargo, desde la publicación del *Tratado teológico-político*<sup>4</sup> Leibniz intentó relacionarse con Spinoza, y lo hizo por partida doble. Públicamente escribió una refutación de dicha obra. Privadamente, intentó contrastar sus ideas con las del autor. No obstante, tomó sus precauciones. Leibniz le propuso a Spinoza un intercambio epistolar sobre cuestiones de óptica, comentando las ventajas de unas lentes sobre otras<sup>5</sup>. Leibniz sabía ser amable al escribir, y Spinoza se forjó una buena opinión de Leibniz en

4. Esta obra apareció sin nombre de autor, con el título *Sobre la libertad de filosofar*.

5. Detalle importante, que muestra el interés de Leibniz por las cuestiones técnicas, que mantuvo a lo largo de toda su vida. Véanse las cartas XLV y XLVI de la correspondencia de Spinoza.

tanto «espíritu liberal y versado en todas las ciencias»<sup>6</sup>, aun sabiendo bien lo mucho que les separaba en asuntos religiosos.

Durante su estancia en París Leibniz dio un segundo paso: trabó conocimiento con Tschirnhaus y otros amigos de Spinoza, gracias a lo cual tuvo noticia de las primeras partes de la *Ética*. Quiso leer el resto y dialogar con su autor. Una teoría ética demostrada geoméricamente y basada en el argumento ontológico era algo notable, digno de ser conocido. Sin embargo, Spinoza era muy cauteloso y fue reacio a una correspondencia filosófica por escrito. Sí aceptó, en cambio, recibir a Leibniz cuando éste pasó por Holanda camino de Alemania, en octubre y noviembre de 1676.

Independientemente de lo hablado entre ambos<sup>7</sup>, quedó claro cómo entendía Leibniz las relaciones entre los pensadores, e incluso la propia filosofía. De algún modo, le resultaba imprescindible el contacto con otros intelectuales para desarrollar su propio pensamiento. Esto es algo corriente, tanto en ciencia como en filosofía. Lo característico de Leibniz fue su peculiar talento para dialogar, talento que le fue reconocido tras su muerte, en el memorable (y único) elogio de Leibniz, que pronunció Fontenelle, el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de París.

Los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* constituyen el ejemplo más notable de este modo de pensar leibniziano. Prepararlos le llevó mucho tiempo, más de diez

6. Citado por G. Friedmann, *Leibniz et Spinoza*, p. 66, Gallimard 1962.

7. Véase la *Carta a Galloys* de febrero de 1677, así como la edición de Gerhardt de los *Mathematische Schriften* de Leibniz, tomo I, p. 179.

años, pese a que el grueso del libro fue redactado en muy pocos meses.

El motivo es claro: Locke rehuyó el contacto y la relación intelectual con Leibniz, manteniéndole a distancia. Esta singularidad de Locke, ante quien fracasaron las técnicas cortesanías y diplomáticas de Leibniz, es causa del carácter excepcional de los *Nuevos ensayos* dentro de la producción de Leibniz, y en general entre las obras clásicas de filosofía.

El *Essay concerning human understanding*, que Locke publicó en 1690, acaparó rápidamente la atención del público culto de la época. Su aparición vino precedida por la publicación de algún resumen previo, que en 1688 fue traducido al francés y divulgado por Europa. La obra completa ulterior no defraudó la expectación suscitada. Las reediciones se sucedieron con celeridad en Inglaterra, hasta confluír en la traducción francesa que hizo Costes en 1700.

Leibniz mostró interés por el *Ensayo* con prontitud. Ya en 1695 intentó entablar una relación personal con Locke. Con su prudencia habitual envió a Thomas Burnett, persona próxima a Locke, unas observaciones sobre el *Essay*, con la esperanza de que llegaran a poder de éste<sup>8</sup>. A la vista del silencio de Locke, Leibniz insistió dos años después. Burnett le comunicó que Locke no entendía bien las objeciones leibnicianas. Leibniz rehizo sus *Reflexiones*<sup>9</sup>. Locke tampoco contestó.

Por desgracia para Leibniz, la acogida que hizo Locke a sus observaciones fue desfavorable. Así se lo manifestó a Mo-

8. Han sido editadas en la correspondencia entre Locke y Molyneux, en 1708, bajo el título de *Reflexiones acerca del Ensayo sobre el entendimiento humano de Locke*.

9. Los dos textos que surgieron de esta corrección han sido editados por la Academia de Berlín en el tomo VI de los *Philosophische Schriften*, donde figuran como textos previos a los *Nuevos ensayos*.

lyneux en una carta del 10 de abril de 1697 y en otra del 3 de mayo del mismo año. Locke criticó allí las *Meditaciones sobre el conocimiento, la verdad y las ideas*, obra en la que Leibniz había expuesto en 1684 sus ideas sobre el conocimiento humano, oponiéndose al cartesianismo.

Aunque Locke se cuidó de no exponer los verdaderos motivos de su negativa, mediante corteses excusas se negó a entablar el más mínimo contacto epistolar con Leibniz. Con la callada por única respuesta, el tercer acto del diálogo Leibniz-Locke comenzó con la traducción francesa del *Essay*. Locke fue leído en toda Europa gracias a Costes, de ahí la importancia que tiene dicha traducción para entender los *Nuevos ensayos*, como se verá más adelante, en la *Addenda* a este texto introductorio, escrita por Mary Sol de Mora Charles, quien ha releído atentamente la edición previa de la presente obra (Madrid: Alianza, 1992), mejorando muchos detalles en las notas y en la propia traducción.

Leibniz leyó a fondo a Locke y se decidió a dialogar públicamente con él, ya que no era posible en privado. No le fue fácil. Pese a las notas de lectura que tomó al leer el *Essay*, sus diversas ocupaciones no le permitieron encontrar el tiempo suficiente para comentar el libro de Locke punto por punto. Leibniz iba a criticar a un autor de prestigio en Europa y a un pensador muy influyente en Inglaterra. Aficionado como era a la gran política filosófica, eso le atraía, pero también le obligaba a cuidar mucho la manera de hacerlo. Sería la ocasión en que su sistema de la armonía pre-establecida probaría sus primeras armas en la palestra donde, según Leibniz, dirimen sus cuestiones los filósofos, a saber: en la *República de las Letras*.

Finalmente, Leibniz encontró el tiempo y la ocasión para llevar a cabo su tarea. En Herrenhausen, cerca de Hanno-

ver, en compañía del príncipe elector Georg Ludwig y de su madre la princesa Sofía, escribió los *Nuevos ensayos* desde el verano de 1703 hasta enero de 1704.

Leibniz llevaba casi diez años intentando dialogar con Locke sin conseguirlo y sin saber muy bien por qué no lo lograba. Escribió su obra en francés, idioma accesible a la casi totalidad de las personas cultas del momento. Esta decisión acarreó una serie de dificultades supletorias. Leibniz dominaba el francés, pero quiso evitar cualquier defecto y mandó a revisar su texto antes de entregarlo a la imprenta. Encargó esta labor a prestigiosos traductores del alemán al francés, como Jaquelot, Hugony y Barbeyrac. Así tuvo la oportunidad de depurar su obra durante un cierto lapso de tiempo, de manera que ésta pasara a la consideración pública en las condiciones más favorables para la función que debía desempeñar: ser el detonador de un debate filosófico en profundidad entre Locke y Leibniz, o entre partidarios de sus respectivos sistemas. Así, su sistema de la armonía preestablecida, templado en las sucesivas réplicas y contrarréplicas a Bayle y apuntado en el *Système nouveau de la nature et de la communication des substances* (1695), irrumpiría en todo su esplendor en el foro público. Para referirse al entendimiento humano, Locke adobaba su exposición con múltiples referencias a los más diversos campos del saber humano. Leibniz había encontrado al interlocutor ideal. No sería una árida discusión con escolásticos, donde sólo están en juego los respectivos prestigios individuales. Leibniz pretendía contraponer concepciones del mundo y sistemas filosóficos muy diferentes. Una discusión así abarcaría todos los campos del saber. Quien llevase la razón habría de demostrarlo en cualquier disciplina y sobre cualquier tema. Era un asunto político, de política filosófica; los adversarios eran hombres eminentes, y

no sólo en el campo de la filosofía. Para dejar clara la forma depuradísima en que el sistema de la armonía preestablecida comprende e integra hasta las controversias, por acerbas que sean, había que romper el silencio de Locke.

Para su desgracia, el silencio de Locke adquirió una obstinación absoluta: la de la muerte. El 28 de octubre de 1704 murió el filósofo inglés, con lo que Leibniz se quedó sin adversario. Vacío el polo que podría replicar a los *Nuevos ensayos*, la cortesía obligó a Leibniz a guardar silencio durante un intervalo prudencial. La cortesía y su condición de cortesano. El libro iba a ser dedicado a la princesa Sofía de Hannover, quien tenía opciones, en determinadas circunstancias, a coronarse como reina de Inglaterra. Es muy probable que ella misma le aconsejase demorar la publicación. En suma: Leibniz no halló ocasión adecuada para dar a la luz los *Nuevos ensayos*. Todavía en 1709 manifestaba a Burnett que ya estaban prácticamente terminados; pero, finalmente, el diálogo corregido en un elegante francés quedó sepultado en el aluvión de escritos suyos que quedaron inéditos. Los *Nuevos ensayos* sólo fueron publicados en 1765, cincuenta años después de su redacción.

Esa obra fue escrita para proponer un nuevo sistema filosófico en determinados medios culturales europeos. Siendo el filósofo barroco por excelencia, como ha escrito Gilles Deleuze en su libro *El pliegue*, Leibniz gustaba de ocultarse discretamente y desde 1695 no firmaba con su nombre, sino como «el autor del sistema de la armonía preestablecida». Cuando el libro fue dado a la luz pública en 1765<sup>10</sup> esta rúbrica de autor adquirió una significación más profunda y

10. En 1765 Raspe publicó las *Oeuvres philosophiques latines et françaises de M. de Leibniz*, entre las cuales estaban los *Nuevos ensayos*.

en cierto sentido más ilustrativa de la singularidad de Leibniz como pensador. Surgida de un diálogo frustrado entre personas vivas, el autor de dicha obra se universalizó, pero también quedó despersonalizado. «El autor del sistema de la armonía preestablecida» tenía que explicar por qué, a la postre, fue mejor que el libro apareciese décadas después y como un diálogo entre autores muertos que, sin embargo, seguía teniendo perfecto sentido.

Esta circunstancia, referida al firmante de los *Nuevos ensayos*, contextualiza plenamente esa obra. En ella se afirma que un sistema filosófico que pretenda ser universal no debe conformarse con exponer doctrinas referentes a las más diversas disciplinas. Además, ha de ser capaz de dar razón de sí mismo y de interpretar las relaciones que, en tanto sistema, mantiene con las restantes corrientes filosóficas. La teoría del conocimiento elaborada en esta obra ha de ejemplificarse sin problemas cuando el objeto sea precisamente dicha obra. Y otro tanto cabe decir de su autor.

Es importante referir todo esto a la concepción leibniziana del individuo vivo, pero también a la del individuo muerto. A lo largo de los cuatro libros y del *Prefacio* no sólo se afirma con insistencia la inmortalidad del alma, sino que, al negar la posibilidad de que alma y cuerpo se separen completamente, se llega a decir incluso que aquel ente que ha llegado a poseer la condición de estar vivo no la pierde nunca. En el capítulo VI del libro III, al desarrollar la idea de que la forma de manifestación de las mónadas a la que se denomina individuo no es puramente accidental, sino que incluye algo esencial, Teófilo asegura:

Existen especies o tipos a los cuales un individuo no puede dejar de pertenecer (al menos naturalmente) cuando ya ha perte-

ncido a ellas una vez, por muchas revoluciones que puedan ocurrir en la naturaleza... Así... nunca se deja de poseer vida y órganos, y percepción.

Uno de los puntos de fricción fundamentales entre Locke y Leibniz en torno al problema de la reencarnación de las almas consiste precisamente en esto: según el portavoz leibniciano, Teófilo, a los hombres les puede parecer que efectivamente se muere; pero en realidad una mónada es indestructible en sus cualidades básicas (vida, percepción, estar en un cuerpo con órganos...). Además, es *continuamente indestructible*, es decir, siempre está viva y siempre tiene percepción, por mucho que nosotros lo ignoremos, por mucho que no nos apercibamos de ello. Únicamente Dios no tiene cuerpo: ni siquiera los ángeles se libran de esa condición. Tener cuerpo significa tenerlo siempre, aun cuando a veces la vitalidad corporal sea apenas perceptible. La ley de la continuidad leibniciano no se adecúa con un cambio tan brusco como el que normalmente entendemos por muerte: cesar enteramente de vivir. Las mónadas siempre tienen percepción y esa percepción atañe al mundo. Todo el mundo está en cada mónada. Eso sí: plegado. Lo más que puede suceder es que en determinados estados la percepción sea más clara, o más distinta. La vida aporta un despliegue espacio-temporal para las acciones y percepciones de las mónadas. Pero las mónadas existen más allá de la vida, porque son almas.

Lo que se ha dado en llamar *optimismo leibniciano* adquiere así un contexto preciso. El «optimista Leibniz» negó que las mónadas, por ejemplo, Locke, o el propio Leibniz, desapareciesen por completo del teatro del mundo. Una mónada encarnada jamás puede dejar de existir, y de existir

como individuo, es decir, como armonía entre alma y cuerpo. Jamás podrá dejar de estar en un mundo, y estar en un mundo es ser mónada. Si se ha sido, se seguirá siendo.

El problema toca las raíces mismas del pensamiento leibniano. En el mismo capítulo amplió su pensamiento diciendo:

Tengo motivos para creer que no todas las especies posibles son compositibles en el universo, por grande que sea, y eso no sólo con relación a las cosas que aparecen juntas simultáneamente, sino incluso en referencia a toda la sucesión de las cosas. Es decir, creo que necesariamente hay especies que no han existido nunca y nunca existirán, por no ser compatibles con esa sucesión de criaturas que Dios ha elegido. Pero, en cambio, creo que todas las cosas que pueden ser admitidas dentro de la perfecta armonía del universo, efectivamente están ahí.

Lo compositible puede ser concebido como la coexistencia en el espacio de todas las mónadas (personas incluidas) y como su sucesión en el tiempo vital; pero también como coexistencia y sucesión de todas las cosas en el universo, en virtud de la elección de Dios. Hay especies que, siendo posibles por sí mismas, jamás podrán existir, porque contravendrían la elección divina, basada en la armonía universal. El mejor de los mundos posibles ha excluido diversas especies, las cuales nunca podrán coexistir en un espacio concreto, ni tampoco sucederse unas a otras por largo que sea el decurso de la historia del mundo. Por cierto: Leibniz se ocupó a fondo del origen del universo, tal y como podía ser concebido en su época. Antes de escribir la historia de la casa de Braunschweig-Lüneburg redactó un libro importante, la *Protogaea*, que quedó inédita, donde relató la his-

toria del globo terráqueo, fósiles incluidos. Tuvo claro que sin planeta Tierra ningún individuo, familia ni rey hubiese llegado a vivir o a reinar, y ni siquiera a morir. La muerte forma parte de la vida en el mejor de los mundos posibles.

Aquellas especies e individuos que sí han llegado a existir, convirtiéndose en parte del universo, han pasado por ello mismo a tener un valor universal, al integrarse en el cálculo divino. Integradas en la historia y en el espacio-tiempo, las mónadas vivas seguirán existiendo y mantendrán sus diferencias individuales. Eso incluye los diferentes modos de pensar de autores de su época como Descartes, Spinoza, Malebranche, Locke y el propio Newton. Aun difiriendo Leibniz de ellos, sus teorías conforman el pensamiento humano y, por tanto, tienen un valor universal, como la filosofía, la ciencia y las artes. Los grandes pensadores expresan una concepción del universo. Aun estando muertos físicamente, siguen estando vivos como pensadores. La *Teodicea* se trasluce en los *Nuevos ensayos*, aunque fue escrita posteriormente. Por cierto, fue el único libro que Leibniz publicó en vida (1710), y lo hizo sin nombre de autor. Leibniz estaba convencido de la universalidad del sistema de la armonía preestablecida, obra de un autor que iba más allá de la persona Leibniz. Por eso tuvo el enorme coraje intelectual de no publicar los *Nuevos ensayos*, como expresión de su respeto por el fallecimiento de Locke, sin perjuicio de sus diferencias, que son muchas. Si algo llama la atención en esta obra es su afán por armonizar sistemas filosóficos tan distintos como el de Locke y el suyo propio. Mary Sol de Mora lo explica con claridad en su *Addenda* a la presente edición.

¿Cómo se puede polemizar con Locke si en realidad uno afirma que toda visión posible y expresable del universo es

armónica con la visión propia, al conformar puntos de vista diferentes respecto a un mismo universo, creado por Dios?

Digámoslo de otra manera. Si en lo esencial las mónadas no mueren, ¿qué hacer con los individuos y personas que les dan forma corporal mientras viven? Cabe, pues, preguntarse por el contenido esencial de la relación entre Locke y Leibniz después de muertos: ¿logró Leibniz romper el espléndido aislamiento del inglés, o consiguió ingeniárselas éste para mantener su mutismo?

Aunque pudiera parecer algo traída por los pelos, esta pregunta es clave para entender puntos fundamentales del pensamiento leibniciano en lo referente a las relaciones entre los filósofos, así como en lo que atañe a la permanencia de las unidades substanciales o mónadas. Los individuos no constituyen los únicos puntos de vista o perspectivas respecto a sus propias mónadas, al menos tal y como se suele entender la palabra «individuo». Cabe incluso afirmar que los individuos son puntos de vista que conciben al mundo y a sí mismos de manera bastante confusa. Leibniz nunca confundió a las mónadas con yos o conciencias propias. Atisbó la noción de inconsciente, precisamente en los *Nuevos ensayos*. Según él, pese a la falta de claridad que es inherente a la condición del individuo corporeizado, también en dicha condición existe algo esencial, y por tanto algo permanente, eterno: su mónada. Pues bien, «el autor del sistema de la armonía preestablecida» buscaba en Locke lo que hubiera de universal y permanente en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Al combinar en un mismo libro dos visiones muy diferentes del mundo, el conocimiento avanzaría, siempre que el diálogo buscara el saber y no el prestigio personal. Lograr una intelección más clara y más distinta del mundo gracias al diálogo entre dos autores que han